



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

Marciano Silva, el cantor de Cuautla

La escena se desarrolla en un campamento del plan de Amilpas, en Morelos, en una noche ahogada en el ambiente sofocante de esas regiones tropicales.

Los "vales" de la "compañía", echados de bruces sobre la grama o con la cara al cielo, viendo sin mirar el feérico derroche del horizonte estrellado, olvidan las cruentas penalidades de la campaña y celebran con sendos tragos de "resaca", que sorben a piecitos de botella, de una de "cuartillo y medio" que sabe ya de los secretos de todo el auditorio, las estrofas, ora viriles, desafiantes, épicas, ora sentimentales, melancólicas, tristes como la raza subyugada de la que eran representativos aquellos hombres, que al són de un "bajo" desgranaba Marcianito Silva y que brotando "muy sentidas" del alma del bardo labriego, parecía como que iban a acariciar las esperanzas, a vigorizar los bríos, a sostener las ambiciones o a hacer más hondas las nostalgias eróticas de los presentes, para después perderse en los misterios del bohío.

—Otra, Marcianito: ¡el "Corrido del Quinto de Oro"!, demandaba entusiasmado, irguiendo medio cuerpo y mesándose la hirsuta cabellera, un "compa" que gustaba oír las cadencias voluptuosas del danzón al que Marcianito le había compuesto aquellos versos que le recordaban "cómo y cuándo en Cuautla, le habían puesto el aire a los pelones".

Y a la presión suave de los dedos adiestrados, volaban las notas de la guitarra, y todos callaban para mejor escuchar el famoso “corrido”:

“Lo que es el quinto regimiento
nunca pierde, sí;
decían, con gran satisfacción,
cuando a Morelos dispusieron
los rebeldes, sitiar aquella ocasión...”

“Los compañías” —designación que se daba a los soldados zapatistas— apretaban con las manos sus carabinas, recordando cómo, durante el sitio a Cuautla, ofian, noche a noche, los retos, “las habladas”, de los federales que les gritaban desde lo alto de azoteas y campanarios, donde estaban preparados:

“Nosotros somos condecorados,
los más valientes de la Nación;
no pistoleros, como esos vagos
“huamuchileros” sin instrucción.

Nosotros somos condecorados,
los más valientes de la Nación,
y el azote de los malcriados
que se han lanzado a la rebelión.

Así sucedió en verdad, tal como lo dicen los versos de Marcianito: aquel 5o. Regimiento de Caballería que comandaba el coronel Munguía, fue invencible hasta los combates de Cuautla, en que después de seis días de lucha encarnada, evacuó la plaza, muy diezmado en su efectivo, causando tremendo desconcierto en el Gobierno de don Porfirio; y justamente por aquella circunstancia, los “juanes” del “quinto de oro”, como lo llamaban, sentíanse orgullosos de su corporación y por todas partes y en todas ocasiones proclamaban su valor y su pericia.

Marcianito continuaba; el recuerdo del triunfo, el primero que alcanzaran las huestes de Zapata, iba trocando el gesto hosco de los "muchachos" en sonrisa de satisfacción y de orgullo:

"¡Pobres pelones, tal vez pensaban
que aquí los indios habían de huír;
pero tan sólo al lucir sus armas
y oír el toque de su clarín;
pobres pelones del quinto de oro,
a otros cuenten, que por aquí
no más tres piedras, porque la fama
que hay en Zapata, no tiene fin!"

Y cuando terminaba con aquello de:

"¡Adiós, quintito de oro afamado,
mi pueblo llora tu proceder,
en otras partes habrás triunfado,
pero, aquí en Cuautla, no sé por qué,
nos prometistes el ampararnos,
pero corriste; ¡qué hemos de hacer!,
los calzonudos te corretearon,
¡porque a Zapata le tiran tres!"

Estallaba la ovación, menudeaban los abrazos para Marcianito y la de "cuartillo y medio", repuesta en su contenido como por arte de magia, "circulaba" inyectando alegrías y entusiasmos entre aquella gente, a la que nadie creería rodeada de peligros y de sufrimientos.

Marcianito, obsecuente, con sonrisa sincera y espontánea, agradecía los "cumplidos" y se apresuraba a satisfacer los deseos de la clientela, insaciable oyéndole trovar:

—¡"La Adelita", Marcianito, cántenos "La Adelita", p'acordarme de mi chata! —pedía uno.

—¡No, mejor "La Muerte de Cartón"! —clamaba otro.

A ninguno hacía caso Marcianito; ya en aquel ambiente caldeado por el vino de caña de azúcar, era de más efecto el canto de guerra, el himno zapatista, que encendía en los ojos ardores bélicos

y acrecentaba en los corazones el cariño al jefe y la confianza ciega en el triunfo de la causa.

Y Marcianito volvía a la carga:

“Soy rebelde del Estado de Morelos,
que proclamo las promesas de San Luis;
Soy rebelde, lucharé contra Carranza,
porque al fin nada ha de cumplir.”

Con mi Wínchester, mi caballo y dos cananas
y de escudo la virgen del Tepeyac,
he de hacer que se respete el Plan de Ayala,
aunque sucumba cual valiente liberal.

La montaña es mi baluarte, no lo niego,
y yo siempre zapatista lo he de ser,
ante un grupo de “carranzas” no me arredro,
mientras tenga 30-30 he de querer.

Si más tarde la suerte me es adversa
y me “avanzan” los “carranzas” por desgracia,
he de morir diciendo con firmeza:
¡Vivan los héroes del Sur! ¡Viva Zapata!

Los vivas a Zapata llenaban el espacio; Marcianito, fatigado, se rendía; se disolvía la reunión, porque era necesario descansar para estar listos a la hora de los “albazos” y en las tinieblas que pronto envolvían al campamento al extinguirse la luz de las fogatas; sólo brillaban, como luciérnagas de oro, las “lumbres” de los cigarrillos, los toscos cigarrillos de hoja que fumaban los del vicio, mientras tarareaban a **sotto voce**, pensando en la “prieta” ausente, arrastrada por la “leva” a tierras ignoradas, alguna de las canciones aprendidas de Silva:

“¿Qué te pasa, Estado de Morelos,
que te tratan con tanta ambición,
que no respetan ya ni al sexo bello,
que es el ángel de mi adoración?”

Rebelde por convicción, por espíritu de solidaridad, por fraternal deber, ya que también él sufrió lo que sus hermanos de Morelos, Marcianito Silva —como le llamaban familiar y cariñosamente todos los surianos—, fue a las filas revolucionarias a compensar la amargura de los días de lucha, con el rasgueo de su “bajo” y el folklorismo de sus corridos.

Noble y fructífera tarea la de este humildísimo cantador; ¡cuántas veces la rudeza de los campesinos-soldados encontró un lenitivo a sus penas, un aliento en sus desmayos, un reconfortante a sus energías a punto de agotarse, en las canciones del poeta labriego!

Nunca alardeó Silva de sabihondo: su inspiración limitábalo a decir en sus estrofas, en las que el vocablo fue libremente usado, con libertad de rebelde que no tiene meta en su arbitrio, lo que presenció y creyó merecedor de los honores de su lira:

“No diré lo que no es cierto,
yo nunca puedo mentir,
porque no quiero que después de muerto,
se critique mal de mí.
Todos los que gusten escuchar los versos
de todo lo acontecido,
que jamás a mí me culpen
porque es corto mi sentido.
Me falta la entonación,
mi dialecto es muy corriente,
pero me he fijado que en toda ocasión,
lo claro es lo más decente.”

Y así, el “cantor de Cuautla” —nombre por el que también es conocido Marcianito—, fue “poniendo letra” a la música popular de “La Adelita”, de “La Cucaracha”, a danzones en boga, a valses melancólicos que tan profundamente sentidos son por los surianos, a quienes la larga esclavitud sufrida en las labores atormentadoras de las haciendas, ha hecho que lleven en su alma una tristeza infinita, pudieramos decir innata; y sólo empleaba “sones” especiales, en uno que otro “corrido.”

Sus estrofas narraron los episodios más sensacionales en que abundó la revolución zapatista, tales como la toma de Chinameca, la captura de Cuautla, algunas de cuyas estrofas hemos transcritto antes, y la derrota infligida en Chilpancingo a la guarnición huertista que defendió la plaza guerrerense; de este "corrido" tomamos la parte en que se describe el momento de la aprehensión del general Cartón, llevada a cabo por Ignacio Maya, cuando aquél, al emprender la retirada, tropezó con el cadáver de su hijo, el teniente coronel Cartón:

"Iban por el camino
haciendo fuego sin descansar:
llegó la empresa de un cruel destino
que los tiranos debían de esperar;
pero Cartón, el enfurecido,
parapetado de un tecorral,
donde a balazos fué sorprendido,
enfurecido hacía fuego más.

Ya había pisado, según, su raya,
y en esa guerra preso cayó,
cayendo en manos del jefe Maya,
a quien su espada luego entregó:
No crea, mi jefe, que yo me vaya,
pues sólo quiero me haga un favor:
que entierre a mí hijo q'en la batalla
hace un momento muerto quedó.
Maya le dijo: vaya a enterrarlo,
tiene el permiso en esta ocasión,
luego que venga y entierre a su hijo,
vamos a hacer su presentación.

Ya está su deudo con ojos fijos:
Mi hijo querido, moriré yo,
darte sepulcro siempre ansiaré,
yo soy tu padre y ¡adiós, adiós...!

Muy fecundo fue el numen del vate vernáculo; pero, como no sabe leer ni escribir, sus producciones se han perdido casi todas, como esos soldados que quedan exánimes en los campos de batalla y de quienes bien pronto olvidamos hasta el nombre, si es que lo supimos. Marcialito ha sido siempre modesto y amable; pero, jamás le hizo gracia que le exigieran cantara determinada pieza y suspendía la audición cuando notaba que alguno de sus oyentes tomaba la letra de sus canciones.

—Son muy malas, señor; apenas si cantadas se pueden oír —argüía cuando le pedían la letra de alguna de sus composiciones.

Marcialito Silva vive aún; en un rincón de su Morelos añora los días lejanos de la campaña, cuando en el campamento ponía la nota alegre, rodeado de los “valedores” de la “compañía”, y sólo de tarde en tarde, cuando llega hasta su humilde casita lugareña alguno de los “jefes viejos”, descuelga a la inseparable compañera de sus correrías revolucionarias y, como entonces, vuelve a hacer vibrar las sonoras cuerdas y a entonar sus canciones que llenan su mente de recuerdos gratos y más de una vez han de hacerle reflexionar que “¡cuálquier tiempo pasado fue mejor!”